

Pueblos en lucha

Demetrio Boersner*



Ante la reciente oleada de rebeldía en regímenes dictatoriales del norte de África, las fuerzas deseosas de propugnar una democracia mundial auténtica —de libertad y justicia social combinadas— deben mantener una actitud firme en los principios pero flexible en las coyunturas cotidianas

De febrero a marzo de 2011 continuaron las luchas entre pueblos y despotismos en el mundo musulmán, pero paso a paso se insertó en esta pelea el interés de las grandes potencias, siempre vinculado al factor estratégico-petrolero. Además de la contradicción democracia-autoritarismo, se manifiesta, pues, la contradicción Norte-Sur (o centro-periferia). Por otra parte, Estados Unidos se convirtió en teatro de una lucha frontal entre clases sociales, a raíz de la ofensiva republicana para dar la estocada final al poder de los sindicatos y lograr que la clase trabajadora pague la deuda de la burguesía.

MAGREB Y MEDIO ORIENTE

Libia se convirtió en el epicentro de la lucha interna del mundo musulmán entre fuerzas democráticas y populares por un lado, y factores autoritarios por el otro. Ante el alzamiento democrático de los pueblos árabes de África del Norte —la cuarta oleada de rebeliones de post-guerra en el mundo musulmán—, primero cayeron las autocracias tunecina y egipcia, ambas bien vistas por las potencias industrializadas del Atlántico Norte. Luego el movimiento rebelde se trasladó a Libia, regida por un autócrata tercermundista y teóricamente socialista, propugnador de la autonomía del Sur frente al Norte. Aunque las potencias noratlánticas adulaban a este mandatario petrolero y trataban de comprar sus favores hasta al precio de liberar a asesinos confesos y convictos, no llegaron a controlarlo y anhelan su remoción y su reemplazo por un régimen a la vez aceptable para su propio pueblo y dispuesto a colaborar con los intereses nortños y transnacionales. Mientras la caída de Ben Alí y de Mubarak preocupa a la alianza noratlántica por el peligro de que sean reemplazados por islamistas hostiles al mundo judeocristiano, el posible derrocamiento de Muamar el-Gadafi la llena de esperanzas de lograr un firme control (a través de un futuro régimen amigo) sobre uno de los países petroleros más importantes.

En el complejo tablero del mundo musulmán norafricano y de Asia Occidental se mueven, pues, múltiples factores entretreídos. El movimiento democrático popular en todos los países de la región va dirigido, por igual, contra autocracias de derecha y de pseudo-izquierda. El Occidente y el capital privado transnacional se alegran por la caída de dictadores de pseudo-izquierda, pero se preocupan ante la de autócratas de derecha. Regímenes de vocación antioccidental, en cambio, aplaudieron las revoluciones de Túnez y en un primer momento la de Egipto, pero condenaron el alzamiento libio como presunta *intervención imperialista*. El despotismo teocrático iraní teme las protestas democráticas de su propio pueblo aunque hipócritamente aplaude la rebelión en algunos otros países. Al mismo tiempo, todos (incluidos los clérigos chiítas de Irán) tiemblan ante la eventualidad de que la prolongación de las luchas y la confusión política reinante puedan ser aprovechadas por las fuerzas del islamismo sunita más fanático y totalitario (Al-Qaeda y compañía) para apoderarse del gobierno de países claves. Estados Unidos y Europa Occidental, ajenos a cualquier genial conspiración, parecen haber sido sorprendidos por los acontecimientos, y Washington carece de los recursos estratégicos para una *tercera guerra* adicional a las de Irak y Afganistán.

Ante este confuso engranaje de pugnas y de intereses discordantes, las fuerzas deseosas de propugnar una democracia mundial auténtica—de libertad y justicia social combinadas—deberían mantener una actitud firme en los principios pero flexible en las coyunturas cotidianas.

Es importante respaldar siempre a las fuerzas populares que muestren ser democráticas, inclinadas al laicismo y al pluralismo político, y sanamente patrióticas (es decir, no instrumentalizadas por imperios), favoreciendo el eventual surgimiento de nuevos gobiernos que, por lo menos tendencialmente, reúnan y reflejen esas características.

LUCHA DE CLASES EN ESTADOS UNIDOS

A pesar de que en los Estados Unidos no existe ningún partido socialista importante, que casi nadie cuestione la vigencia del capitalismo, y que ni siquiera se celebre el Primero de Mayo (aunque allí se originó), en años recientes se ha agudizado la pugna abierta y explícita entre una masa electoral que cree que todo lo que favorece los negocios es bueno para el país y otro masivo sector de opinión que denuncia el creciente contraste entre la opulencia de unos pocos y la precaria situación económica de los muchos. Desde 2008 en adelante, la recesión y la lentitud de la recuperación económica han acentuado los conflictos entre clases, y sobre todo en el bando republicano, defensor de privilegios, las iniciativas antisociales tienden a radicalizarse.



En el actual mundo de economía de mercado globalizada, nada molesta más a los conservadores, partidarios de reformas neoliberales, que la continuada existencia de sindicatos de trabajadores con reivindicaciones y derecho de contratación colectiva. Como reacción extrema contra la institución sindical, el gobernador republicano del estado de Wisconsin, Scott Walker, ha propuesto una ley (ya aprobada por mayoría en la cámara baja de la asamblea estatal) que limita severamente el derecho de contratación colectiva de los trabajadores (obreros y empleados) del sector público en la región. En otros estados del país, otros gobernadores derechistas se aprestan a imitar el gesto de su colega. Pero ante esta inaudita ofensiva patronal reaccionaria, los trabajadores organizados se disponen a levantar la bandera de la resistencia, con el respaldo de la opinión pro-derechos laborales del 63 por ciento de la población norteamericana (según una encuesta NYT/CBS).

Desde 1979, cuando se inició la contrarrevolución mundial neoliberal conducida por Thatcher y Reagan, los sindicatos del mundo entero se encuentran en la mira de las reformas dirigidas presuntamente contra *intereses privilegiados*. No sólo los magnates del capitalismo privado, sino también los del capitalismo burocrático de Estado (en Venezuela y otros países pseudo-socialistas) participan en la campaña mundial para debilitar y finalmente destruir al auténtico movimiento obrero.

Su triunfo significaría la recaída del mundo laboral en las condiciones semi-esclavistas de comienzos del siglo XIX y todo verdadero demócrata debe movilizarse contra tal eventualidad. Los sindicatos mismos, en el mundo entero, necesitan superar graves fallas y divisiones, y renovarse englobando cada vez más a los trabajadores de cuello blanco y a los de la economía informal, así como estableciendo alianzas firmes con otros movimientos sociales, tales como el ecologista, el feminista y el defensor de los derechos humanos. Su lucha debe enrumbarse hacia una globalización democrática y humanista que no admita despotismos, ni del gran capital privado ni tampoco de capitalismos de Estado pretendidamente revolucionarios.

* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.